

## Una Luz en la Niebla

Dulce y abrupta Asturias, verde y brumosa. Abril hacía honor al refranero español –abril, aguas mil- empeñado en despedirse entre borrascas, igual que había llegado, y la espesa niebla caía como una descolorida cortina tras las ventanas de la vieja casona de labranza. Los informativos habían comenzado con una triste noticia (siempre tienen alguna triste noticia que comunicar) y a medida que transcurría la jornada, el tono gris de la mañana cobraba tintes luctuosos.

Mis manos revolvían en la heterogénea colección de postales, sellos y almanaques de bolsillo, vaciados al azar sobre la mesa; la búsqueda había degenerado en un obsesivo barajar montoncitos de tarjetas, tenía los miembros entumecidos y ya no me quedaban esperanzas, pero no quería rendirme, porque el objeto perdido era algo más que una simple tarjetita con un bonito paisaje dibujado y unos caracteres numéricos al dorso... Sería, de haberlo encontrado, un talismán frente a la puerta infranqueable de los días pasados, un poderoso conjuro contra el olvido. Sobre los tejados de los cobertizos aledaños, los gatos dirimían cuestiones amorosas o territoriales, y sus gritos vindicativos me distrajeran de la improductiva tarea. Miré hacia el ventanal e imaginé, por un momento, que una gran telaraña, viscosa y gris, envolvía la casa... El coro lastimero de la canalla felina era el fondo musical de la opresiva tristeza. Busqué amparo en el calor de la cocina, en el lar protector materializado en el fuego, evocando otro día de niebla, nueve años atrás...

“Mamá, tienes que ir a esa conferencia”. –“No, no puedo faltar a la hora de ordeñar”. –“Yo te sustituyo! Hoy tengo pocos deberes, puedo ordeñar con papá”. –“Gracias, cielo, pero ir a Oviedo ahora, con esta niebla... Además ya no quedará sitio”. Crepitan los leños en la cocina de la vieja casona de campo, donde perdura el olor de los guisos. A través del amplio ventanal, penetra la luz de la tarde, tamizada por un impalpable visillo de neblina, en la aldea escondida entre las montañas que la separan de la franja litoral, donde ruge el Cantábrico. La ciudad, a una hora y media de viaje por serpenteantes carreteras secundarias, parece inasequible y lejana, al otro lado de la niebla... al otro lado de esta gasa liviana que, en la dulce pereza de la siesta, difumina contornos y caminos y diluye en su caliginosa substancia los pequeños afanes de cada día. - “Mamá: si él, con noventa y dos años, ha venido desde tan lejos, ¿no crees que merece que tú hagas un pequeño viaje?” -“Pero él no me necesita, tendrá público suficiente”- “Pues tú le necesitas a él...”

Desde el acceso oeste de la ciudad camino hasta el edificio histórico de la Universidad de Oviedo; muy atrás he dejado la secularmente postergada zona occidental de Asturias y la blanca nebulosa flotando sobre la aldea. La tarde es aquí de un gris frío y transparente. Un grupo de manifestantes anti-globalización se acerca y acepto de buen grado las octavillas que me ofrecen. Falta casi una hora para el inicio de la conferencia, pero el paraninfo de la universidad ya está lleno a rebosar; por suerte, alguien me hace un hueco arriba. Vale la pena aguardar de pie.

Y al fin llega, cubierto con un poncho para guarecerse del frío, ayudado por la mujer que le acompaña siempre; desde arriba se ve más pequeño, más sumido en su vejez. El retrato del Gran Inquisidor General de España Fernando Valdés, fundador de la Universidad de Oviedo, preside el gran salón de actos académicos. Me recreo en la perspectiva que me ofrece este “retablo de las maravillas”, espejo de la contradicción humana: el saber, oficialmente representado por el rector y otras fuerzas vivas de la cultura en la vieja capital de provincias; la burocracia, retratada en el severo ademán del inquisidor coleccionista de cargos eclesiásticos y políticos, juez inmisericorde del tribunal represor del Santo Oficio en la España del siglo XVI ; y por último, el hombre que dijo *Nunca más*.

Y el hombre cobra de pronto su verdadera y trágica dimensión. A medida que el viejo escritor se confiesa (desde “ese umbral en que todo hombre ha de rendir cuentas ante Dios o ante su propia conciencia inapelable”) la palabra, imponiéndose sobre los discursos estereotipados, vibra ante el emocionado y silencioso auditorio, creando un aura luminosa que empalidece el retrato del censor de Libros Prohibidos, devolviéndolo al fondo oscuro de los siglos. Es un impagable privilegio acompañar al anciano filósofo (“me siento abrumado, porque yo soy ante un filósofo lo mismo que un guerrillero ante un general”) en su periplo literario: el reencuentro con sus personajes (el atormentado Juan Pablo Castel o el bondadoso Barragán), la compartida admiración por nuestro loco genial, el caballero de La Mancha... la eterna búsqueda de verdades universales salvaguardadas en la ficción literaria.

“¿Qué pasa en la calle?” –“Una manifestación; no tiene nada que ver con usted” –“¿Por qué se manifiestan?” –“Antiglobalización” –“Si yo fuera joven estaría afuera con ellos”. Una añoranza nueva tiembla en estas palabras y acentúa la nostalgia de la mirada retrospectiva; percibo el pesar del que sabe que la dignidad humana ha de defenderse a pecho descubierto, más allá de esta adormecedora tibieza, del merecido y cálido reconocimiento al autor coherente siempre con su obra, aun reconociéndose inevitable y humanamente falible, y evoco el final de *Abaddón el exterminador*: “...En cualquier caso, era paz lo que ansiaba y necesitaba, lo que necesita todo creador, alguien que ha nacido con la maldición de no resignarse a esta realidad // Porque todos somos frustrados de alguna manera, y si triunfamos en algo fracasamos en otra cosa, por ser la

frustración el inevitable destino de todo ser que ha nacido para morir // y el arte es una manera de querer eternizar esos instantes de amor o de éxtasis”.

Contrariando mi primera intención de resistirme al afán fetichista que nos impulsa a buscar algún contacto o huella física de las personas a las que admiramos, acabo engrosando la larguísima cola de “fans”. Todos llevan un libro en la mano, lo cual me incomoda un poco, sin saber por qué. Busco en mi cartera un papel para pedir el ya obligado autógrafo... -“No sé si cabrá, esto es muy chiquito. ¿Qué pongo, cómo se llama?”. Más que los cansados ojos del autor de la estremecedora metáfora del *Informe sobre ciegos*, son sus manos las que buscan los diminutos márgenes en blanco, y me siento avergonzada al comprender su esfuerzo; pero hay tanta dulzura en su mirada, tanta nobleza en su semblante... -“Perdóneme, maestro, es un almanaque de bolsillo, no tenía otra cosa... Pero me basta con que ponga su nombre”.

Ernesto Sábato moría nueve años después, a punto de cumplir cien. *Confesiones de un viejo escritor* fue la última conferencia que pronunció en el paraninfo de la universidad de Oviedo, el dieciséis de abril de dos mil dos, en su penúltima visita a España, a donde regresaría una vez más en octubre del mismo año, y cuyas impresiones había de recoger en su libro *España en los diarios de mi vejez*. Desde aquella tarde, usé el pequeño almanaque como marca-páginas (ciertamente un marca-páginas de lujo) y acompañó mis lecturas hasta que, temiendo que pudiera extraviarse, decidí guardarlo. Cuando, en abril de dos mil once, quise buscarlo al saber de la muerte del escritor, su extravío me produjo una gran desazón, acrecentando la sensación de orfandad que dejan en nosotros los seres que han sido una referencia en nuestro camino. Porque era grato saber que alguien, al otro lado del mar, preguntándose las mismas cosas que yo me pregunto y en la misma lengua, era más capaz para hallar algunas respuestas y ofrecerlas al mundo, siquiera como una pequeña luz en la niebla. Y recordé que algún personaje con vocación de escritor, en alguna novela de Sábato, había dicho o pensado algo parecido... No me acordé de su nombre ni de qué novela, y me puse a buscar entre mis libros; no suelo comprar ediciones caras y el papel estaba ya tan amarillo, que me asustó su fragilidad. O acaso me asustó, sencillamente, el paso del tiempo.

A treinta de enero de dos mil trece (han pasado casi dos años sobre la tumba de Sábato y sobre el almanaque con su firma, perdido en algún cajón de la vieja casa) otro tiempo de sombras, conflictos y crisis. Pienso en Bruno, y en las palabras que desafían la endebles del papel y la fragilidad de la memoria, para convertirse en faros que traspasan la niebla o siquiera en luciérnagas que rompen la soledad de la noche.

Isabel Boto Álvarez.

Asturias. España.